

# UNA TRAGEDIA PINTADA

EL MARTIRIO DE TOMÁS BECKET EN SANTA MARIA DE TERRASSA  
Y LA DIFUSIÓN DEL CULTO EN LA PENÍNSULA IBÉRICA



Carles Sánchez Márquez

anem

# **Una tragedia pintada**

**El martirio de Tomás Becket en Santa Maria de Terrassa  
y la difusión del culto en la península ibérica**



Carles Sánchez Márquez

# UNA TRAGEDIA PINTADA

EL MARTIRIO DE TOMÁS BECKET EN SANTA MARIA  
DE TERRASSA Y LA DIFUSIÓN DEL CULTO  
EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

**anem**  
EDITORS

anem *TEMPUS*

Con la colaboración de:



*Una tragedia pintada.  
El martirio de Tomás Becket en Santa Maria de Terrassa  
y la difusión del culto en la península ibérica*

© del texto: Carles Sánchez Márquez

© del prólogo: Manuel Antonio Castiñeiras González

© de las imágenes: sus respectivos autores

© De la presente edición:

Anem Editors, SL, junio de 2020

Edición, diseño y maquetación a cargo de: Oliver Vergés Pons

Asesor editorial: Alberto Reche Ontillera

[www.anemeditors.com](http://www.anemeditors.com) · [contacte@anemeditors.com](mailto:contacte@anemeditors.com) · @anemeditors

DL L 509-2020

ISBN 978-84-121359-9-2 (Anem Editors, SL)

ISBN 978-99920-65-37-2 (Anem Editors)

Impreso en GoPrinters (La Seu d'Urgell)

Esta edición ha contado con la colaboración del Ayuntamiento de Terrassa y de la asociación Amigos del Románico.

Todos los derechos reservados. Sin la autorización escrita de los titulares del copyright, quedan prohibidas las reproducciones totales o parciales de esta obra a través de cualquier procedimiento. Pueden dirigirse al CEDRO <[www.cedro.org](http://www.cedro.org)> si necesitan fotocopiar, escanear, hacer copias digitales o cualquier uso similar para algún fragmento de esta obra.

*A Siena, Nicola y Queralt*

*¿Habéis venido a matarme? He entregado mi causa al Juez Supremo, de manera que no tengo miedo a vuestras amenazas. Mi alma está tan preparada para el martirio como vuestras espadas para atacar.*

TOMÁS BECKET (1118-1170)



# ÍNDICE

TERRASSA Y BECKET EN EL 850 ANIVERSARIO DE SU MUERTE	11
INTRODUCCIÓN. UN MÁRTIR PARA LA LIBERTAD DE LA IGLESIA	15
1. LA OBRA: UN CICLO EXCEPCIONAL DEL MARTIRIO DE TOMÁS BECKET	23
El descubrimiento de las pinturas	23
El ciclo hagiográfico: un relato fiel a las <i>Vitae</i>	26
La obra parlante: los <i>tituli</i>	35
2. LA CANÓNICA DE SANTA MARIA DE TERRASSA	39
Los antecedentes: Oleguer y Sant Adrià de Besòs	39
Fundación y donación a San Rufo de Aviñón	43
La arquitectura: paradigma del primer románico	46
Extinción y conversión en colegiata	52
3. AGENTES Y PROMOTORES	55
El papel de la congregación de San Rufo de Aviñón	55
¿Un inglés en Terrassa? El canónigo Harvey	61
El artífice del ciclo pictórico: el maestro de Espinelves	66
Datación de las pinturas	70
4. LAS RELACIONES ENTRE LA CORONA DE ARAGÓN E INGLATERRA EN EL SIGLO XII	73
Nicholas Breakspear en Cataluña	73



Colonos anglonormandos en Tortosa	80
La alianza de Enrique II de Inglaterra y Ramón Berenguer IV contra Tolosa	86
5. LA DIFUSIÓN DEL CULTO EN LA PENÍNSULA IBÉRICA	91
Reyes y obispos	91
<i>Leonor Plantagenet y la difusión del culto en el reino de     Castilla</i>	92
<i>La recepción del culto en el reino de León</i>	97
Agustinianos y cistercienses	99
<i>El culto a Tomás Becket en las canónicas agustinianas     Cistercienses</i>	99 102
Reliquias y peregrinaje	105
CONCLUSIONES	109
NOTAS	113
ABREVIATURAS	139
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	141
Fuentes	141
<i>I. Colecciones diplomáticas</i>	141
<i>II. Fuentes editadas</i>	142
Estudios	143

## TERRASSA Y BECKET EN EL 850 ANIVERSARIO DE SU MUERTE

En el año 2020, Inglaterra conmemora el 850 aniversario del asesinato de Tomás Becket, cometido en la catedral de Canterbury. Este episodio lejano que hizo temblar los cimientos de Europa nos recuerda cómo las turbulencias de la historia de las islas británicas afectaron y afectan todavía el devenir del «viejo continente».

¿Quién podía pensar, en el marco del paisaje brumoso y lluvioso que rodea la imponente mole de la catedral de Canterbury, que los hechos acaecidos la noche del 29 de diciembre de 1170 tendrían una trascendencia tan importante para toda la cristiandad occidental? La trágica muerte de Becket, arzobispo de Canterbury, a manos de los hombres del círculo de confianza del rey Enrique II Plantagenet, se convirtió en un símbolo de la lucha de la Iglesia para mantener su independencia respecto al poder temporal, pero también en un recuerdo imborrable de la santidad del arzobispo, puesto que sus biógrafos lo consideraron un *alter Christus*.

La publicación del libro de Carles Sánchez nos sumerge en este agitado capítulo de la historia europea del último cuarto del siglo XII a través del sorprendente conjunto pictórico de Santa Maria de Terrassa,\*

\* En lo que se refiere a la nomenclatura de lugares y monumentos, se han respetado los nombres oficiales en catalán. Asimismo, se han referenciado los nombres de los personajes históricos propios de Cataluña en su forma catalana, con la excepción de condes y reyes. Estos últimos, cuando su nombre era Pedro o Alfonso, han sido escritos con el alias o apodo, con el fin de evitar confusiones, puesto que su numeración es distinta, según se refiera a ellos como reyes de Aragón o como condes de Barcelona. El criterio general aplicado ha provocado que nombres como Ramón y María, que tienen la misma grafía en catalán y en castellano salvo en el uso de la tilde, aparezcan escritos sin acento, hecho que puede resultar llamativo al lector castellano hablante.

dedicado a la muerte y santificación de Tomás Becket. Tras su hallazgo en el año 1917, las pinturas despertaron el interés de Josep Soler i Palet, Josep Puig i Cadafalch y Josep Gudiol. Más recientemente, investigadores como Milagros Guardia, Gregoria Cavero, Etlvina Fernández, Fernando Galván Fraile y Ana Suárez han dedicado diversos trabajos al estudio del culto a Tomás Becket en la península ibérica, en los que se incluye el análisis de las pinturas de Terrassa. Sin embargo, desde el año 2014 Carles Sánchez ha hecho importantes aportaciones al conocimiento del ciclo pictórico que le han llevado, finalmente, a redactar esta monografía.

Gracias a la activa participación del autor en el proyecto de investigación de la Universitat Autònoma de Barcelona *Artistas, patronos y público: Cataluña y el Mediterráneo (siglos XI-XV)-MAGISTRI CATALONIAE* (MICINN HAR2011-23015), desde el año 2014 el profesor Sánchez pudo aplicar una nueva metodología de trabajo en el estudio de las pinturas. Esta se basa en un análisis sistemático de los agentes que forman parte de la realización de una obra de arte, especialmente la acción combinada del comitente y del artista en la concepción y realización del conjunto, en sus papeles como *auctor intellectualis* y *auctor materialis*. Además, en el seno del proyecto, el autor pudo acceder a los pioneros resultados de los análisis realizados en las pinturas por Judit Verdaguer y Majo Alcayde, gracias a la colaboración entre el Museu de Terrassa, el Museu Episcopal de Vic, el Centre de Restauració de Béns Mobles de Catalunya y el GRAPAC/CETEC-Patrimoni con motivo de la exposición *Pintar fa mil anys. Els colors del romànic* (Museu Episcopal de Vic, del 31 de mayo al 14 de diciembre del 2014) y la publicación *Pintar fa mil anys. Els colors i l'ofici del pintor romànic* (UAB, 2014).

Las primeras conclusiones de Carles Sánchez, publicadas en dos artículos en el 2014 y en el 2018, ya avanzaban importantes novedades que ahora han sido revisadas y ampliadas con nuevos datos. En primer lugar, la dedicación y decoración de una capilla a Tomás Becket en el brazo sur del transepto de Santa Maria de Terrassa no puede ser considerada de manera pasiva, como un ejemplo más de la difusión de su culto en Europa, sino que se trata de una decidida

elección de la comunidad egarense de canónigos agustinianos —subordinada a San Rufo de Aviñón— que gobernaba el edificio. Así, no es casual que la capilla esté situada en un lugar de paso obligado entre las dependencias de la canónica y el altar mayor de la iglesia, es decir, en el centro cultural de la vida de la comunidad. En la decisión, probablemente, tuvo mucho que ver la presencia de un eclesiástico llamado Harvey, un presbítero y canónigo de origen anglonormando, documentado en el priorato de Santa Maria de Terrassa como escribano en la segunda mitad del siglo XII. El autor sitúa la realización del ciclo pictórico en relación con el tercer período de actividad de Harvey como escribano (1184-1186), justo en el momento en que se documenta un tal Reginaldo desempeñando el cargo de prior, probablemente también de origen inglés.

En segundo lugar, estas vinculaciones inglesas, que son fundamentales para entender la rápida canonización del culto a Tomás Becket en la Corona de Aragón, cuentan con un antecedente reseñable. Se trata de la actividad, algunos años antes, del abad de San Rufo de Aviñón, Nicholas Breakspear, futuro papa Adriano IV, en el sur de los Pirineos, y también en las buenas relaciones de alianza entre Ramón Berenguer IV y Enrique II Plantagenet. Cabe recordar que, en su testamento, el conde de Barcelona y príncipe de Aragón nombró al rey de Inglaterra protector de sus hijos.

En tercer y último lugar, el estudio de Carles Sánchez confirma la atribución del ciclo al maestro del frontal de Espinelves (*ca.* 1187), actualmente conservado en el Museu Episcopal de Vic, al cual también atribuye un fragmento de pintura mural procedente de la catedral vicense. Se trataría, por lo tanto, de un pintor con un *curriculum vitae* muy común en la pintura románica catalana, que dominaba tanto las técnicas de la pintura sobre tabla como las propias de la pintura mural, y que no dudó en utilizar fórmulas de una técnica en la otra, como demuestra el uso de láminas de estaño y corladura en las pinturas de Terrassa.

En conclusión, el presente libro es una sólida contribución al estudio del ciclo pictórico de santo Tomás Becket en Terrassa y, por extensión, al análisis de la difusión de su culto en la península ibérica.

Nos encontramos ante uno de los conjuntos murales más antiguos con la representación de su martirio entre los conservados en Occidente, y también con uno de los primeros «ábsides hagiográficos» de la pintura mural catalana. Por ese motivo, esta publicación representa, en primer lugar, una puesta en valor de la pintura románica catalana, la cual carece de monografías centradas en un solo conjunto. En segundo lugar, el libro se postula para erigirse en una de las aportaciones científicas más importantes de los actos conmemorativos del 850 aniversario del asesinato de Tomás Becket. Y, en tercer lugar, confiamos en que esta publicación se convierta en un argumento más para reconocer la singularidad del conjunto pictórico de las iglesias de Terrassa, puesto que desde el 26 de octubre de 2018 la Seu d'Ègara pasó a formar parte de la Lista Indicativa de Patrimonio Mundial. Libros como este, hechos con esfuerzo, decisión y visión de futuro, demuestran que la investigación no se detiene y que es necesaria para poder continuar avanzando en el conocimiento de nuestros monumentos y en su revalorización patrimonial.

MANUEL ANTONIO CASTIÑEIRAS GONZÁLEZ

Catedrático de Historia del Arte Medieval

Universitat Autònoma de Barcelona

## INTRODUCCIÓN

### UN MÁRTIR PARA LA LIBERTAD DE LA IGLESIA

El asesinato del arzobispo de Canterbury, Tomás Becket, el 29 de diciembre de 1170, a manos de los cuatro nobles del círculo regio de Enrique II de Inglaterra, es uno de los episodios más sobrecogedores de la Edad Media europea. La violencia del crimen, los hechos milagrosos acaecidos en su tumba y la rápida canonización de Becket por el papa Alejandro III en marzo de 1173, convirtieron al santo en objeto de una gran devoción popular. Milagros y peregrinos transformaron la catedral de Canterbury en uno de los centros de peregrinación más importantes de toda la cristiandad, casi tan popular como Jerusalén, Santiago de Compostela y Roma.<sup>1</sup>

El drama de la catedral de Canterbury fue el punto culminante de la disputa que Tomás Becket y Enrique II mantuvieron entre los años 1162 y 1170. Un desenlace trágico de una relación volátil que pasó de la amistad a la confrontación directa, y que culminó con una muerte heroica. El motivo de la disputa: la discusión ideológica entre el poder temporal y el espiritual. Una batalla por la defensa de las libertades de la Iglesia de Inglaterra y en contra del control eclesiástico por parte de la monarquía.

Lo cierto es que el asesinato de Becket es uno de los capítulos mejor documentados de la Edad Media. La difusión de su culto fue posible, sobre todo, gracias a los abundantes textos que describen con precisión los hechos ocurridos en Canterbury. En este sentido, las fuentes pueden clasificarse en tres grupos según la tipología. En primer lugar, contamos con las numerosas biografías escritas por los testigos oculares del asesinato.<sup>2</sup> Merece la pena hacer mención a las *Vitae* escritas por Juan de Salisbury, aliado de Becket y uno de los

intelectuales más destacados de su época; Guillermo FitzStephen, secretario de Becket; Heriberto de Bosham, amigo y compañero en el exilio; y Eduardo Grim, un clérigo de Cambridge que intentó proteger al arzobispo la noche del asesinato. De hecho, como veremos, el acto de valentía de Grim ante los caballeros de Enrique II le concedió un lugar protagonista en la historia. Justamente por ese motivo, Grim será un personaje recurrente en los ciclos iconográficos con el martirio.

En segundo lugar, cabe hacer mención a la colección de milagros, recopilados por los monjes Guillermo de Canterbury y Benito de Peterborough. Este último —monje de Christ Church y prior de la catedral de Canterbury entre 1175 y 1177— fue el primer custodio de la tumba de Becket y sus entrevistas con los peregrinos constituyeron la base de los milagros.<sup>3</sup> Por último, debemos tener en cuenta la colección epistolar de Becket, clave para reconstruir sus años turbulentos como arzobispo (1162-1170).<sup>4</sup> Gracias a estas fuentes tenemos más información de la vida de Becket que la de cualquier otro santo de la Edad Media.

Tomás Becket nació en Londres el 1118 en el seno de una familia de comerciantes de Normandía. Entre los años 1130 y 1141 se formó en la escuela del priorato agustiniano de Merton (Surrey) con canónigos regulares y, más tarde, estudió gramática en Londres, probablemente en St. Paul's. Cabe señalar que el priorato agustiniano de Merton había sido fundado en el año 1114 y su escuela se convirtió en uno de los centros pedagógicos más destacados de Inglaterra. También fue el lugar de formación de otro clérigo inglés, que tuvo una carrera todavía más brillante que la de Becket, Nicholas Breakspear, papa bajo el nombre de Adriano IV (1154-1159).<sup>5</sup> Becket siempre conservó un buen recuerdo de Merton, e incluso ayudó al priorato agustiniano durante su etapa como canciller de Enrique II.

Después de este primer período de formación, con veintiún años empezó a trabajar como contable para Osbert Huitdeniers, un banquero londinense relacionado con el mercado financiero de la ciudad. Más tarde, en 1142, entró al servicio del arzobispo Teobaldo de Canterbury como secretario. En este sentido, debemos pensar que

los contactos de su padre Gilberto con el séquito de Teobaldo, también de origen normando, hicieron posible el salto de su hijo del mundo financiero a la casa del arzobispo. Según la *Vita* escrita por Guillermo FitzStephen, Teobaldo lo envió a estudiar derecho romano y canónico a Bolonia y Auxerre, y más adelante lo nombró archidiácono de Canterbury (1154).<sup>6</sup>

La templanza y el *savoir faire* de Becket durante la etapa como archidiácono en los años de gobierno de Teobaldo despertaron el interés del rey de Inglaterra, Enrique II, que a finales del 1155 lo designó canciller real. Se convirtió, de este modo, en uno de sus más fieles consejeros. Es necesario subrayar que el canciller real era uno de los servidores más importantes del rey y que, frecuentemente, actuaba como representante del monarca. Además, era responsable de la capilla real, de los oficios religiosos de la corte, de la secretaría y de los archivos reales. Viajaba con el monarca y su corte, y mantenía con él un estrecho vínculo personal.

Las cualidades administrativas de Becket como canciller, junto con su carisma, el gusto por la caza, la pesca y la orden de caballería —aficiones que compartió con Enrique II—, lo llevaron a ganarse el afecto del monarca, con el cual mantuvo una estrecha amistad. Como canciller llevó a cabo tareas representativas remarcables, como la embajada ante el rey de Francia, Luis VII (1158), y sobre todo el sitio de Tolosa, en el cual dirigió el ejército real (1159). Curiosamente, en Tolosa, Enrique II recibió el apoyo del conde de Barcelona y príncipe de Aragón, Ramón Berenguer IV, con el cual firmó una alianza política y militar. Como veremos, en su testamento sacramental, Ramón Berenguer confió al monarca inglés la tutela de su primogénito, el futuro rey Alfonso el Trovador, una prueba inequívoca de la buena relación y vínculos entre ambos gobernantes.

El acto más evidente de la devoción del rey hacia su canciller tuvo lugar en el año 1162, cuando el monarca entregó la sede episcopal de Canterbury a Becket, con el objetivo de encontrar en él un apoyo incondicional y sumiso en favor de sus intereses. Con esta pretensión, Tomás fue ordenado sacerdote el 2 de junio y, al día siguiente, recibió la mitra de Canterbury. Paradójicamente, la coronación epis-



copal supuso un giro inesperado en las relaciones con el monarca y, sobre todo, el inicio de una crisis sin precedentes entre la Iglesia y la Corona inglesa. De la cercanía al monarca, como amigo y consejero fiel, Becket pasó a la oposición absoluta, como defensor del clero inglés y de la independencia de la sede de Canterbury. Una vez investido arzobispo, Tomás protegió los derechos de la Iglesia con la misma vehemencia con la que había defendido el poder real.

En sentido estricto, fueron dos las causas inmediatas de la confrontación. En primer lugar, la hacienda: como arzobispo, Becket reclamó tierras y derechos que habían sido usurpados a la catedral de Canterbury, una apelación que le valió la enemistad de la nobleza y del rey. En segundo lugar, la justicia eclesiástica y la negativa de Becket a aceptar las antiguas costumbres del reino. Enrique II alegaba que estas costumbres exigían que un clérigo criminal debía ser juzgado por un tribunal laico, desde donde sería transferido a un tribunal eclesiástico. El monarca consideraba que los clérigos de crímenes seculares eran juzgados con demasiada indulgencia por los tribunales de la Iglesia y que debían recibir el castigo por parte del poder laico. En consecuencia, quiso imponer su jurisdicción por encima de cualquier otro sistema jurídico, ejerciendo un control directo sobre el clero.

El clímax de la discordia fueron las Constituciones de Clarendon, impuestas por Enrique II a Becket en el mes de enero de 1164. El arzobispo de Canterbury y los eclesiásticos de su círculo más próximo rechazaron algunas de las cláusulas de Clarendon, que reducían la jurisdicción de la Iglesia en beneficio del rey: los clérigos acusados tenían que comparecer ante un tribunal real, que decidiría sobre la naturaleza eclesiástica del caso; por consiguiente, un clérigo culpable podía ser desposeído de su cargo y ser castigado como un laico (artículo 3); los obispos necesitaban la aprobación del rey para excomulgar a los señores arrendatarios del monarca y a los oficiales reales (art. 7); el rey se reservaba para él la mayor parte de las rentas de las sedes episcopales y abadías vacantes, los titulares de las cuales serían designados con su consentimiento (art. 12). En resumen, estos artículos suponían el retorno a las antiguas costumbres del reino,

que restringían sobremanera los privilegios de la Iglesia y limitaban el poder de la justicia eclesiástica. El conflicto entre el poder posgregoriano y la monarquía centralizadora era por lo tanto inevitable.

Sin embargo, debemos contextualizar la colisión entre el monarca inglés y el arzobispo de Canterbury en un marco más amplio. La disputa es un reflejo a pequeña escala del conflicto que el papa y el Sacro Imperio Germánico mantuvieron en el siglo XII, caracterizado por la lucha sobre el poder temporal. Un conflicto en el que fueron protagonistas los pontífices Adriano IV (1154-1159) y Alejandro III (1159-1181), así como el emperador germánico Federico I Barbarroja (1152-1190). Este último aspiraba a convertirse en la máxima autoridad del Occidente europeo, mientras que la Iglesia buscaba la independencia del poder civil y el mantenimiento de la teocracia pontificia. Cuando en el año 1159 falleció el papa Adriano IV, la confrontación entre sectores de cardenales rivales desencadenó el nombramiento de un antipapa, Víctor IV, y de un papa, Alejandro III. A fin de desestabilizar el pontificado de Alejandro III, el emperador Federico I intentó ampliar el apoyo al antipapa Víctor IV y arrastrar a Enrique II para que abandonara la obediencia romana. Sin embargo, la Iglesia de Inglaterra se posicionó al lado de Alejandro III en el concilio de Londres de 1160, en la misma línea que había seguido la monarquía francesa.

Después del consejo del castillo de Northampton (8 de octubre de 1164), donde Becket fue condenado, por su rebeldía, a la expropiación de todos sus bienes en favor del rey, el arzobispo se vio obligado a exiliarse fuera de los territorios dominados por los Plantagenet. De este modo, y gracias a la intercesión del papa Alejandro III, entre los años 1164 y 1170, encontró refugio primero en la abadía cisterciense de Pontigny, en Borgoña, y más tarde fue acogido por la comunidad benedictina de Santa Columba de Sens. En el año 1166, el papa apoyó la causa de Becket, designándolo legado pontificio en Inglaterra y excomulgando a todos los laicos y clérigos que habían aceptado las Constituciones de Clarendon. De hecho, Becket también gozó de la protección del rey de Francia, Luis VII, que en aquel momento mantenía un enfrentamiento directo con Enrique II por-

que los dominios Plantagenet amenazaban su reino.<sup>7</sup> Es necesario recalcar que tras el divorcio entre el rey Luis VII y Leonor de Aquitania, esta última contrajo matrimonio con Enrique II de Inglaterra (18 de mayo de 1152). Mediante el enlace, Leonor unía a sus dominios del ducado de Aquitania los que ya poseía el heredero del trono inglés (Anjou, Maine, Normandía y los reinos de Inglaterra y Gales), dando lugar de este modo a la creación del Imperio Plantagenet.

Después del intento fallido de tregua entre el rey y Becket en Montmatre, el 18 de noviembre de 1169, las negociaciones culminaron con la reconciliación de Fréteval, el 22 de julio de 1170. Tomás aceptó regresar a Inglaterra el 1 de diciembre del mismo año. Sin embargo, tras su llegada a Canterbury —donde fue recibido con gran entusiasmo por los fieles—, Becket mantuvo la misma actitud intransigente y excomulgó a los obispos de Londres y Salisbury, que no le habían apoyado en su lucha contra el rey. De hecho, anteriormente, ya había excomulgado a otros clérigos que habían participado en la coronación del primogénito del rey de Inglaterra, Enrique, como rey joven (*rex iunior*), la primavera de 1170.

Según la *Vita* escrita por Eduardo Grim, como respuesta a la ingratitud de Becket, Enrique II pronunció las palabras que precipitaron el trágico desenlace: «¡Qué miserables traidores he alimentado y educado en mi casa, que dejan que su señor sea tratado con este vergonzoso menosprecio por parte de un clérigo!». Cuatro caballeros del círculo regio de Enrique II —Guillermo Tracy, Reginaldo FitzUrse, Hugo de Morville y Ricardo el Bretón— se tomaron las palabras del monarca al pie de la letra. Los verdugos llegaron al palacio episcopal, donde mantuvieron una primera entrevista con Becket y le solicitaron que retirara la excomunión contra los obispos que habían participado en la coronación de Enrique el Joven. Ante la negativa, el arzobispo fue acusado de traición.

Poco después, los cuatro hombres regresaron armados a la catedral, donde los monjes se preparaban para el oficio de vísperas. Persiguieron a Becket y a sus clérigos desde el claustro hasta transepto, donde exigieron al arzobispo de nuevo que levantara las excomuniones. Tomás se negó y se produjo la discusión: lo golpearon hasta matarlo.

La violencia del asesinato, los milagros que tuvieron lugar en la tumba y la rápida difusión de la *Vita* y los *Miracula* contribuyeron a la propagación del culto a santo Tomás Becket, que se extendió más allá de las fronteras de Inglaterra.<sup>8</sup> La prueba más fehaciente es el elevado número de iglesias, capillas, altares y hospitales que se construyeron en honor a Becket entre su canonización, en 1173, y el traslado de sus reliquias a la Trinity Chapel de la catedral de Canterbury, en 1220.

A la popularidad del culto también contribuyó Enrique II quien, tras su penitencia pública ante la tumba de Becket (el 12 de julio de 1174), favoreció que la veneración al mártir se instalase rápidamente en los territorios en los que gobernaban sus hijas: los reinos de Castilla y de Sicilia, así como el ducado de Sajonia.<sup>9</sup>

Por el contrario, como intentaré demostrar en estas páginas, en la Corona de Aragón la difusión del culto estuvo muy vinculada al papel de las canónicas agustinianas, especialmente aquellas subordinadas a la congregación de San Rufo de Aviñón, en Provenza. Estas se convirtieron en uno de los principales agentes en la diseminación del episodio, mediante la propagación de manuscritos con la vida y milagros, pero también a través de obras artísticas de carácter monumental como el ciclo pictórico de Terrassa.

En el caso catalanoaragonés, contamos con dos antecedentes que sin duda favorecieron la creación de un contexto favorable para la recepción del culto al mártir inglés. Por un lado, las relaciones instauradas entre la Corona de Aragón e Inglaterra desde mediados del siglo XII a través del abad de San Rufo, Nicholas Breakspear, que en el año 1148 participó en el sitio de Tortosa como legado papal, pocos años antes de ser nombrado pontífice. Por el otro, los acuerdos entre Ramón Berenguer IV y Enrique II de Inglaterra, a raíz de la alianza militar firmada en el asedio de Tolosa.

En conclusión, la muerte de Tomás Becket fue un símbolo de la lucha de la Iglesia contra el poder secular. La naturaleza violenta del crimen —un eclesiástico asesinado agresivamente en el interior de una catedral—, convirtió su martirio en una imagen icónica de la lucha entre Iglesia y Estado, entre justicia regia y eclesiástica.

La memoria del arzobispo de Canterbury todavía era objeto de debate político en el siglo XVI. Prueba de ello son las instrucciones del rey Enrique VIII (1509-1547) que, a raíz de su ruptura con la Iglesia de Roma, ordenó la destrucción de las reliquias de Becket y la supresión de cualquier vestigio de su culto.

El asesinato del arzobispo de Canterbury Tomás Becket en 1170 a manos de los hombres del círculo de confianza del rey Enrique II de Inglaterra causó un enorme impacto en la Europa del siglo XII. Su muerte violenta fue el trágico desenlace de un conflicto de gran trascendencia entre el poder secular de las monarquías feudales europeas y el poder espiritual de la Iglesia. A raíz de los hechos, la figura de Becket alcanzó una gran popularidad en el viejo continente, y su culto se extendió por todas partes, también en la península ibérica, donde encontramos obras que rememoran su martirio y santificación, como el conjunto pictórico de Santa Maria de Terrassa (ca. 1180). *Una tragedia pintada* narra la difusión del culto a Tomás Becket poniendo luz a las relaciones entre Inglaterra y el mundo peninsular de hace ochocientos cincuenta años. ¿Por qué Ramón Berenguer IV confió la tutela de sus hijos al rey de Inglaterra? ¿Tuvo Leonor Plantagenet, hija de Enrique II, un papel activo en la promoción del culto a Becket en el reino de Castilla? ¿La presencia de un canónigo inglés de nombre Harvey en Santa Maria de Terrassa fue determinante en la elección del tema de las pinturas? Estos son algunos de los interrogantes de un rompecabezas histórico que tuvo como principal escenario la Cataluña de la segunda mitad del siglo XII.